

El Cristo nuestro

El Cristo nuestro siempre fue el Cristóbal, desde que me acuerdo siempre ha sido él. No sé si antes habría algún otro, desconozco; yo desde que me acuerdo siempre fue el Cristóbal, por eso le puedo contar perfectamente todo lo que pasó con ese tema.

Él, el Cristóbal, era el peluquero del pueblo y se hacía llamar Christoff, vio que los peluqueros tienen esas cosas de afrancesarse el nombre... Se imagina, acá en este pueblo, no había más que uno y era él. Bueno, casualmente yo estaba cortándome el pelo con él la vez que entró el Padre Rogelio a pedirle que sea el Cristo nuestro en el Vía Crucis. Lo vi todo por el espejo: el Cristóbal lo escuchó y dijo que sí, bueno, sin dejar de cortarme, sin interesarse mucho que digamos, mire como habrá sido que el Padre se fue enseguida. Habrá sido allá por el '86 más o menos, mire cuántos años de eso.

Bueno, el primer Vía Crucis con el Cristóbal de protagonista salió bien. Para mí el peluquero no se parecía en nada al Cristo verdadero, pero bueno, con un poquito de imaginación y buena voluntad uno se emocionaba igual. Dos o tres mujeres de las más chupacirios lo vieron todo de rodillas, pero no seríamos más de cien, sinceramente. El del año siguiente, en cambio, fue apoteótico, como le gusta decir a mi mujer. Claro, entraron a venir de los pueblos cercanos, ellos no tenían su propio Vía Crucis y habían escuchado del nuestro. Era un desfile de autos desde Padre Keen, desde Chosque Ladeado, desde Rufino... mire, ¡explotaba la ruta! Choripán y vino a lo loco, corría, tanto que la Iglesia tuvo que tomar cartas en el asunto porque después de todo era Semana Santa y no se podía, así es que... bueno,

de ahí en más empezaron a vender pochoclo, tortas fritas, facturas, esas cosas vegetarianas. Dos días lo tuvieron que hacer al Vía Crucis de tanta demanda que hubo, la gente se volvió loca con el Cristóbal, claro, como es peluquero se ve que anduvo estudiando la estampita y se hizo el peinado igual, igual, hasta los bucles con pelo falso (extensiones, digamos), ¡una cosa hermosa!, le caían así, al costado de la cara hasta los hombros; se había dejado la barbita y mi mujer dice que se hizo el color también, que el año anterior no había estado tan rubio. La cosa es que ahora sí estaba idéntico al Cristo verdadero. La gente lloraba... (y sí, reconozco que yo también). Mire, daban ganas de ayudarlo cuando le pegaban azotes esos romanos de porquería, es más: una señora se le prendió al cuello y el pobre entró a forcejear, pero entre la corona de espinas y la cruz de telgopor medio que no podía y la mujer dale que te dale con *“Señor, perdona mis pecados, sáname Señor”*. Tuvo que meterse Defensa Civil para sacársela de encima. Agregó, por si sirve, que la señora esa era la Rosita Urquijo viuda de Dinardi, y era verdad que tenía algo malo, un cáncer nada menos, que le desapareció ahí mismo, eso se lo pueden confirmar los médicos y no le van a macanear.

Bueno, a partir de ahí (del segundo año que se hizo el Vía Crucis) yo le diría que empezó a cambiar todo: el pueblo, desde ya, pero principalmente él: sacó las fotos de las chicas rubias de pelo largo y colgó imágenes de Cristo e incluso (y esto fue lo más nos extrañó a los que lo conocemos de siempre) nos obligó a que lo llamáramos Chrístoff (así, con acento en la i, en vez de Cristóbal o Christoff, como antes). Ya se dejó el pelo largo... ya se hacía el color... y entró a parecerse más al Cristo gigante que había hecho colgar en la pared. La última vez que me cortó el pelo, por ejemplo, los podía ver a los

dos en el espejo: al del cartel, quietito quietito, y al peluquero... igual al del cuadro pero moviendo la tijera en mi cabeza. Ya no charlaba más sobre los escándalos del pueblo, y si uno le quería sacar conversación o tirarle de la lengua te entraba a recitar la Biblia, larguísimos pedazos (bueno, sí, versículos) que se había aprendido de memoria con el único fin de sermonearte.

La cosa es que cada año nuestro Vía Crucis se hacía más convocante, ya no solo la gente de los pueblos se acercaba, sino de toda la provincia y hasta de más lejos venían. El Cristo nuestro era famoso a un nivel que nadie en el pueblo había conocido antes. El Profesor Balboa Vizcarra, nuestro escritor, hizo un artículo que se publicó en algunos diarios nacionales. A partir de ahí ya fueron miles y miles los que nos visitaban, kilómetros y kilómetros de autos, combis y micros llegando al pueblo durante los días previos, para asegurarse los mejores lugares, una locura. Se construyó un anfiteatro enorme y hasta dos hoteles modestos que de todos modos nunca alcanzaron.

Lo curioso fue que cada año la gente le atribuía más poderes al peluquero, ya no era una mujer solita su alma clavándosele al cuello, ahora eran miles, todos llorando, suplicando que los perdonara. Y así como cambió la gente, cambió él del todo: ya no los rechazaba sacándose los de encima, ahora los miraba a los ojos (con esos ojos verdes de plástico que había empezado a usar, de esos fosforescentes, ¿vio?) y la gente se le desmayaba ahí nomás. En otros casos el Chrístoff (¡y ojo con decirle de otra forma!) encaraba a los fieles con cosas como “y bueno, hermano, si no dejás el trago yo no puedo hacer mucho”, o bien “señora, corte con ese amante, o no se atreva a volver ante mi divina presencia”, o “caballero, sabe bien que

las puertas del Cielo están clausuradas hasta que no devuelva eso que usted ya sabe"... y cosas así, que hacían temblar a la gente de horror ante el acierto. Algunos decían que el peluquero sabía más por peluquero que por Santo, otros que Jesús mismo se le metía adentro en cada Pascua. Ojo que también se decía que los peluqueros de otros pueblos le contaban chismes para darle letra. Es lo que se dice, yo no sé... Cuando alguien le preguntaba sobre cómo sabía él esas cosas de gente a la que nunca había visto antes, respondía "me lo dijo mi Padre", pero todos sabíamos que el padre del peluquero había muerto harían unos diez años, entonces calculábamos que se referiría al mismísimo Dios. (El Padre Rogelio se enteró y no le gustó nada, pero bueno, qué daño hacía, después de todo, si la gente marchaba más derechita después de que Cristo mismo los cagaba a pedos).

Era desconcertante lo que pasaba con el Cristo este, bah, con el Chrístoff. Seguía trabajando como peluquero, claro, pero ya los clientes iban más a pedirle consejo espiritual que a cortarse o a hacerse el color... y él, como consecuencia de este "servicio adicional", digamos, aumentó los precios a lo pavote. Y la gente seguía yendo igual ¡desde todos lados!, mire que serán tontos de ir a pagar de más. Le dejaban ofrendas, le hacían regalos... ¡qué sé yo!

Yo pienso que ahí, cuando empezó el tema de los regalos, él se convenció de que se merecía todo eso y mucho más. Y mire lo que hizo: dejó de pagar los impuestos de un día para otro: ni el municipal, ni alumbrado, ni luz, ni agua, pagaba. Como todo acá es de las cooperativas nuestras, del pueblo, nadie se animaba a cortar los servicios, los muchachos decían "No, yo a Cristo no lo voy a dejar sin agua". Los de izquierda pensarían "pobre peluquero, si le

cortamos los servicios se queda sin trabajo” y los de derecha “mirá si Cristo se enoja y me castiga feo”.

Pero claro, de una u otra forma eso tenía que arreglarse. Y un día Chrístoff mire con lo que sale: se presenta a la parroquia, muy tranquilito, con una bolsa de facturas sin pagar y se las deja al Padre Rogelio sobre el escritorio. Así, sin decir palabra, se da media vuelta y se va. El cura no entendía nada y lo siguió como un perrito preguntándole qué significaba eso. El Chrístoff se da vuelta, ya no con los ojos verdes sino con los marrones de siempre, y le dice muy seriamente, con una cara de hijo de puta que el padre le desconocía:

–Vos sabes lo que tenés que hacer.

Había mucho en juego en esa frase, claro; cuando el cura la analizó más seriamente esa tarde se dio cuenta: era una extorsión clarísima, porque se venía la Semana Santa en diez días y no podía darse el lujo de perder a su célebre Cristo. Terminó reuniendo a sus feligreses más cercanos y les dijo que habían surgido gastos inesperados, que esto y que el otro... y que se iba a necesitar una contribución voluntaria, en fin. Todos estuvieron de acuerdo en que no podía hacerse otra cosa teniendo en cuenta la fecha, pero yo creo que en el fondo no les gustó nada.

Ese Vía Crucis fue realmente multitudinario: yo nunca vi un millón de personas juntas, mire (por eso no puedo asegurarlo), pero para mí que había un millón de personas juntas, se lo aseguro. Fue algo increíble. La gente gritaba “*milagro, milagro!*” cada dos por tres, levantándose de las sillas de ruedas, los ciegos veían, los torcidos se enderezaban, yo no sé, de no creer. El que no se curaba se desmayaba al verlo a él, así como le digo, si cada vez se parecía más al de arriba. Después de cada una de las tres jornadas de Vía Crucis

(itres, ya eran, tres!) quedaba un reguero de muletas y bastones abandonados ahí en el anfiteatro. Las piadosas los juntaban para poder contar los milagros y los llevaban al pie del altar para dar gracias al otro, al de arriba, al de verdad.

En las semanas que siguieron a ese último Vía Crucis inolvidable, lleno de milagros, ¿no va y cae otra vez por la sacristía el Chrístoff con tres boletas más (luz, gas y agua) y se las tira en el escritorio al cura? El Padre Rogelio ni las miró, ¿sabe?, pero después me contó que cerró los puños, golpeó la mesa y le dijo:

–Sientesé, amigo, que usté y yo tenemos que charlar.

–Yo no tengo nada que charlar –le respondió el otro de mal modo—. Acá la cosa es sencillita: todos mis gastos del local los asume la Iglesia de ahora en más... o no hay más Cristo. –El cura ahora estaba aterrorizado y más cuando Chrístoff sacó algo del bolsillo—. ¿Sabés lo que es esto? –le lanzó la pregunta, mostrándoselo, y el aparatito empezó a zumbar en su mano—. ¿Sabés lo que es esto?

–Una... no sé cómo se llama, una... máquina de...

–Sí, una máquina de rapar a cero, mirá –la subió a la altura de su oreja y ahí la sostuvo—, mirá lo fácil que es que se queden sin Cristo.

El cura abrió grandes los ojos y se quedó duro. No podía creer semejante canallada. Y no fue solo eso, porque mientras iba saliendo, el peluquero suelta:

–Ah, y un sueldo voy a necesitar también, vos arréglalo como te sea más cómodo.

El cura pensó y repensó, todo eso era una pesadilla y su Cristo, un hombre, nomás... y un hombre de los más infames. Esa noche lo

llamó por teléfono para citarlo en la parroquia a la semana siguiente “venite el martes para arreglar lo tuyo, Cristóbal”.

Bueno, cayó el peluquero ese día y se sentó muy tranquilito. El cura le dice:

—A ver, amigo, contame bien qué es lo que andas necesitando y qué pasa si no te lo doy.

Y cuando el otro terminó de recitar todo lo que le exigía (que cada vez era más, por ejemplo ahora se le había ocurrido renovar los seis secadores de pelo y anexar unas cuatro máquinas de bronceado) y dejó muy en claro que eso era a condición de seguir en su papel, ahí nomás se abrieron desde adentro las puertas de dos de esos placares antiguos de madera, esos donde los curas cuelgan la ropa de la misa, y salieron dos uniformados de *Investigaciones criminales*. En menos de lo que canta un gallo se llevaron las cámaras y los micrófonos que habían instalado antes, las facturas pagas que el cura había guardado, las impagas... y ¡hasta al mismísimo Cristo nuestro, esposado!

Mientras lo subían al móvil gritaba “¡Se condenarán, gentiles!” y algunas otras cosas sin sentido sobre la casa de su padre (¡si a la casa de su padre la demolieron porque era de adobe y se había venido en banda, allá por el noventa y pico!)

Nunca más lo volvimos a ver al Christoff. Si usted pasa por ahí, por la calle La Vinchuca, va a ver que hay una fiambrería donde antes estaba su negocio.

La atiende el Sánchez, que es pelado y ateo.

Este cuento recibió Mención y fue publicado en la antología cuyana Cuentos de la ruta del sol, Editorial Desde la Gente, Buenos Aires, 2019

El enigma del Don Bosco

Antes de relatar mi historia debo hacer una advertencia a todo posible lector de aquella, mi generación: es muy probable que ni mis compañeros de la Promoción 1945 ni las autoridades del Colegio Don Bosco de Rodeo Del Medio de aquellos tiempos hayan conocido o recuerden lo que voy a narrar aquí. Es una historia extraña que me tocó de lleno y, si se me hizo inexplicable entonces, mucho más inexplicable se fue volviendo con el paso del tiempo. Aún lo es. No la compartí con nadie en aquel momento, no pude o no supe cómo, ni con qué palabras hacerlo. Ocurre así con lo inexplicable (me pregunto si él, Sánchez, la habrá podido comprender alguna vez). He desarmado y rearmado una y mil veces esta historia hasta que me decidí a desentenderme por completo de ella, a enterrarla; hoy, casi a punto de cumplir los noventa, finalmente me animo a reconstruirla por escrito.

Sánchez, Manuel Sánchez y yo somos los protagonistas. Sánchez, aquel chico huraño, uno de esos que no llaman la atención de nadie. Dos cosas, apenas, podía uno decir de él después de haber compartido a diario cinco años de secundario: que era de carácter reservadísimo y de asistencia perfecta. Recién ahora, al escribirlo, me doy cuenta de que las mismas dos cosas pudieron aplicarse también a mí, al joven que yo era en aquel tiempo, al menos.

Por esto último, lo de la impecable asistencia de Sánchez, me sorprendí cuando una mañana el Preceptor lo nombró dos o tres veces sin recibir el consabido “presente”; la última vez, incluso, el hombre levantó la cabeza e, incrédulo, estiró el cuello para buscarlo

él mismo por los rincones del aula. Era inconcebible que Sánchez hubiera faltado por primera vez y justo en un día así de importante. Porque aquel 4 de octubre, para ser precisos, era el Día de la Fotografía.

Quien no esté familiarizado con el antiguo Colegio Don Bosco de Rodeo del Medio, no dimensionará la importancia de la fecha que menciono. Pero en aquellos días de principios de la década del '40 no sobraban cámaras de fotos, justamente, y por eso mismo el hecho de tomarnos una fotografía oficial en el último año se volvía un asunto de enorme importancia; tanto que el Colegio convocaba a un estudio de primera línea de Ciudad para la tarea. Un profesional (siempre de fingido, sospecho, acento francés) llegaba cada octubre para retratarnos en grupo; luego, uno o dos meses más tarde, traía el paquete de fotos enmarcadas en grueso cartoné marrón para que nuestros padres las lucieran orgullosamente en la pared del living.

Sabíamos que los Sánchez no se encontraban, como se decía entonces, entre las familias más pudientes de Rodeo, trabajaban en las viñas y ese año había sido difícil por la piedra. Por eso mis padres me habían hecho prometerles que no dejaría de avisarles si me enteraba de que los Sánchez no podían afrontar el gasto de la foto para así ayudarlos discretamente. Ese día, el Día de la Fotografía, notando la ausencia de mi compañero y atribuyéndola a su falta de recursos, lamenté no haberles hecho caso.

A media mañana llegó el momento esperado: los de quinto año salimos de las aulas y nos dirigimos a las viñas, inflando el pecho de orgullo (estábamos a un paso de egresar, qué menos!) manteniendo al mismo tiempo el más sepulcral de los silencios. Allí nos esperaba ya el fotógrafo encaramado a una escalera de madera. Formamos

dos filas precisas, duros como estacas. Cada una de las tomas era anunciada por un asistente que permanecía al pie de la escalera y a través del megáfono exclamaba de un pintoresco modo: “*Quietos... uno..., silencio... dos....,iliiiiisto! Rompan filas*”. Fuimos convocados para la segunda foto dentro del curso, cada uno sentado en su banco, las manos sobre el pupitre. La castrense fórmula volvió a repetirse. Luego de esta particular ceremonia seguimos con nuestras clases normalmente, o casi, pues aquel era un día atípico que alteraba la rutina y predisponía a las bromas. Yo, por mi parte, no podía dejar de pensar en la ausencia de Sánchez y en cómo le había fallado. Aquella tarde, cuando mis padres preguntaron por el tema del día les conté todo, todo menos lo de Sánchez.

Al día siguiente busqué a mi compañero apenas entré al aula, tampoco ese día había venido. Cuando el Preceptor tomó lista pude notar su preocupación, y cómo el Profesor y él intercambiaban miradas desconcertadas.

¿Estaría enfermo mi compañero? Esa tarde pedí permiso, como se estilaba entonces, y llegué, carpeta en mano, a la casa de mi compañero. Su madre me abrió la puerta sin reconocermelo. Le di mi apellido, me hizo pasar y golpeó una puerta, al fondo. Un minuto después se asomó Sánchez, corbata en mano, todavía con el pantalón del uniforme y la camisa a medio sacar. Me sorprendí y se sorprendió.

—Mamá —dijo al fin—, te presento a un compañero, Freidoz — y me hizo pasar a su cuarto, el sol de la tarde se recortaba sobre su cubrecama tejido al crochet.

—Vine... a traerte la carpeta —murmuré.

Abrió los ojos tan rápido que sus cejas pegaron un respingo, no entendía.

—Lo que hicimos ayer y hoy, Sánchez, lo de Olivicultura.

Yo me sentía incómodo: eran las primeras palabras que le dirigía en cinco años.

—En serio, vine a traerte lo que hicimos ayer y hoy —insistí.

—Es que... no entiendo. Si yo sé lo que hicimos, si yo no faltó nunca. ¿De dónde sacaste que no fui? Vos sos el que no fue.

Yo no podía creerlo.

—¿Me estás tomando el pelo, Sánchez? —respondí—. Si se hizo la foto hoy y vos no estabas.

—¿Cómo que yo no estaba? ¡Sí que estaba!

—Sánchez, en la foto no estuviste.

—¡Vos sos el que no estuvo! Al preceptor le pareció raro... te llamó dos, tres veces, Freidoz.

—No me hagas enojar —respondí de mal modo— si el preceptor te nombró ia vos! dos veces. No estuviste en Olivicul...

Enojado, abrió su portafolios, tironeó del cuaderno azul y la carpeta negra y los puso delante de mi cara. Yo por mi parte abrí también mi carpeta, igualmente ofuscado. Me senté sobre su cama y las comparé: los ejercicios eran idénticos.

—Él mismo te lo puede decir, preguntale mañana, Sánchez, al Preceptor. Vos no estuviste en la foto —insistí.

—Mirá —dijo, acompañándome a la salida— no sé qué te está pasando, pero me estás haciendo enojar. Andate, ¿querés?

Empezó a empujarme hacia la salida. Quise despedirme de su madre, que seguía planchando mientras escuchaba el radioteatro, pero mi compañero cerraba ya de un golpazo la puerta de calle casi

en mi nuca. ¡Cómo habría sido de descortés, que desde afuera la oí adelantarle el castigo que le daría su padre cuando llegara! Camino a casa me felicité por haberle retaceado la ayuda para la foto, me sentía un idiota preocupándome por ese mentiroso. ¿Para qué le había llevado la tarea? Si ni siquiera éramos amigos, qué tanto.

Llegué a casa, para mi sorpresa mi madre (también ella planchaba mientras escuchaba el radioteatro) me anunció que un compañero se había ido minutos antes, que había venido a traerme una tarea, “*un tal Sánchez*”, dijo. Era imposible, se habría confundido con algún otro apellido.

Mi compañero no volvió a la escuela. Nunca más lo volví a ver, cuando preguntaba por él a algún otro solo me respondían “Sánchez, ¿cuál?”.

Creció en mí por algún tiempo la curiosidad por desentrañar este extraño enigma. Pero como ocurre siempre y sobre todo a esa edad, muy de a poco, otras cuestiones más importantes lo fueron sepultando bajo la pila de prioridades y urgencias propias de un fin de quinto año.

A mediados de diciembre, con los últimos exámenes y los primeros calores atacando por igual a nuestras jóvenes humanidades, llegó el bendito paquete con las fotos. El reparto de los sobres conteniendo el tesoro se hizo, como se hacía todo en aquella época, en el más prusiano orden. Temí abrir el mío cuando me lo entregaron... ¿y si la foto probaba que Sánchez estuvo, como me aseguró, ese día?

Cuando finalmente me decidí a abrirlo sonreí aliviado. Una íntima satisfacción me embargó en el instante en que pude confirmar que yo no había estado equivocado: el rostro

inconfundible de Sánchez no aparecía por ningún lado y, gracias a la foto, al par de fotos, yo podría probarlo.

Sin embargo, la sensación de victoria duró apenas un breve, brevísimo instante, nada más. Había en aquellas fotos algo que hasta el día de hoy no acierto a explicarme, por más que he ensayado miles de hipótesis y hayan pasado unas siete décadas: por un lado yo tenía razón, Sánchez no estaba en las fotos. Pero lo verdaderamente extraño, lo que no pude comprender entonces ni puedo comprender aún hoy es que... por más que yo mismo me buscara y rebuscara en las dos imágenes, yo... ¡yo tampoco estaba!

Este cuento obtuvo Mención en el Certamen Literario Liliana Bodoc 2018 organizado por el Departamento de Maipú, pero se encuentra inédito.

Un visualista

Carlos descartó el diario y continuó por un buen rato balanceándose rítmicamente sobre las patas traseras de la silla. Aunque el gesto indicaba algo así como “ahí lo tienen, el que quiera lo agarra”, nadie intentó leer ninguna otra noticia; habían llegado a ese punto muerto en el que ni siquiera abrir la boca entusiasma. El diario quedó ahí, doblado sin esmero, fracasado, en un silencio que se parecía bastante al vacío. No es que alguna vez hubieran hablado demasiado, estos encuentros eran más bien una cuestión de hacerse compañía: el mismo bar, los mismos de siempre, la misma hora, la costumbre de tantos años.

La nota que Carlos terminaba de leer en voz alta intentaba traducir al entendimiento del vulgo los resultados de una investigación extranjera cuyo tema era la memoria. La nota desarrollaba algunos de los mecanismos de la memoria humana, los comparaba con la memoria de los animales domésticos, daba un par de ejemplos y terminaba con una cita, que consignaba como anónima “A menudo se escucha lamentar la poca memoria, pero jamás la poca inteligencia”. Todos asentían moviendo rítmicamente la cabeza, aunque no pudieran identificar en qué bando se encontraban.

El “Chochán” y Carlos seguían jugando con las sillas, reclinándose para adelante y para atrás dejando caer las patas delanteras en un golpeteo simultáneo que, lejos de molestar a los demás, parecía sumirlos en un estado cercano al trance, el mismo efecto hipnótico de la canilla que gotea y nos transporta hacia quien sabe dónde.

Agotados todos los silencios, Hugo, al que llamaban “El profe”, abrió la boca. Más para llenar el incómodo silencio que por necesidad de ser escuchado susurró con desgano, desinteresado de su propia historia:

–Qué tema la memoria, ¿eh? Si es que hablamos de memoria... yo... –pero se contuvo y negando con la cabeza dijo –nah, no importa.

Era lo que necesitaban para estirar un poco más la ronda en el bar y evitar volver a sus casas, de modo que inmediatamente lo interpelaron:

–No, no, ¿qué nada ni nada? Ahora contá –exigió el Tonga.

–Dale, Profe, contalo –insistieron un par más.

Sacó el paquete de puchos del bolsillo de la campera y jugó a dar vueltas la piedrita del encendedor, sin prenderlo.

–No, pensaba nomas porque viene a cuento una historia increíble de la que ni me acordaba. Y para vergüenza mía, yo fui el protagonista.

Prendió finalmente el cigarrillo, el Gallego todavía les permitía el vicio para no perderlos como clientes, se inclinó hacia atrás y, concentrado en las siluetas que empezó a dibujar el humo en el aire, “El Profe” comenzó a hablar. Hablaba para sí mismo más que para los demás:

–Quizás no quieran creer lo que voy a contarles, y la verdad que ni mi mujer me la creía cuando se la conté, después de que pasó todo. La verdad la dimos vuelta mil veces, sin poder creer. Qué suerte perra tuve. Pero realmente me pasó, sí. Yo era un pibe, bastante joven, era. Viste que de joven te pasan más cosas, bah... no sé si más cosas pero más increíbles sí. Yo me creía muy inteligente.

O me creían los demás, no sé. No, no, la verdad es que yo también me creía más vivo que los ladrones. Estudiaba psicología en esa época, después la cerraron, a los milicos no les gustaban los psicólogos. La cosa es que yo siempre andaba con un libro en la mano, un libro cualquiera... puro grupo nomás, pa' hacerme ver. Era una postura, una pose setentera. Creíamos en eso de que la lectura lo volvía a uno muy interesante para el resto de los humanos, lo cual es totalmente falso. Los demás siempre lo ignoran a uno, tenga lo que tenga en la mano, y cuando hace ver que lee, también. Da lo mismo. No te registran. Bueno, esa vez yo estaba parado en la vereda esperando a no sé quién a la salida del trabajo. Hacía poco que me había casado con Laurita, mi primera mujer. Pero no, no la estaba esperando a ella, eso lo recuerdo bien porque ella recién llega a la historia al final. Ah si, a Horacio lo esperaba, un tipo con el que trabajaba.

Bueno, estaba acodado en no sé dónde, parado en la vereda, sí, acodado sobre un buzón, ahora me acuerdo. Y bue, ime lo compré yo el buzón esa tarde! En fin, sigo: mucha gente yendo y viniendo y yo quieto ahí, acodado en el buzón, la altura justa me daba, con mi libro; la verdad que no lograba concentrarme ni pasar de la primera línea. No era que me distrajeran los ruidos, me había detenido en la musicalidad del título, me gustaba cómo sonaba y esa música no me dejaba empezar la lectura. Me retumbaba en la cabeza. Era como tocar el timbre y volverlo a tocar porque te gusta como suena, pero no porque quieras entrar. No pasaba del título. De pronto se aparece delante mío, detrás de las tapas del libro, un muchacho que me mira fijo. Debía tener casi mi misma edad, pero había algo muy extraño en él. ¡Se me aparece con la cara toda dibujada! Eran los setenta, y

era aquel Buenos Aires, no este. Te podés imaginar, no era normal eso: con un pincel le habían pintado –o tal vez lo hizo él mismo– unas flores con sus hojas y todo, en negro y azul. ¿Te imaginás eso, un pibe todo florido? ¡Zaz, un “invertido”! pensé yo; así era como se decía antes. Las flores le ocupaban un ojo, la nariz y le llegaban hasta la boca. Del otro lado de la cara también tenía otra flor, un poco más arriba, como hasta la ceja. Y otra como que le amanecía desde la barbilla. Pero bueno yo había visto en la tele, no sé si en Pinky o Perciavalle, eso que estábamos recién importando de los yanquis, eso del flower power y bueno, fue eso lo primero que pensé “¿Qué quiere conmigo este hippy?” Pero se lo veía demasiado bien vestido para ser hippy y además tenía pelo corto recorto. Así que no me puse en guardia porque me di cuenta de que plata no me iba a pedir. Pensé que iba a hablarme del libro porque los hippies leían mucho en aquel tiempo y la tapa desplegada le había quedado justo a la altura de su cara. Y de hecho lo hizo. Pero esperá que voy en orden: empezó diciendo que era universitario y que estaban buscando gente para un estudio sobre la memoria, un estudio serio que incluso venía avalado por no sé qué universidad extranjera, así que estaban en condiciones de pagarles a los que colaboraran “por la molestia”. El pibe hablaba y hablaba, una catarata. Yo, callado, tratando de encontrarle la trampa al discursito, levantaba la ceja como diciendo “sí, dale, haceme el cuento del tío, seguí”. Mi idea era dejarlo hablar sin interrumpirlo y después decidir si putearlo o mandarlo en cana. En eso dice “de hecho nos pide la universidad que seleccionamos dos tipos de individuos: gente que encontremos leyendo en la calle, en el colectivo, en las plazas, en el subte porque lo que queremos es confirmar la relación entre una y otra variable... -hay estudios que

prueban que tienen cincuenta veces más desarrollada la memoria, añadió- y también esas “otras” personas que veamos sentadas sin hacer nada, sin leer, ¿se da cuenta? Ya sabe, los dos extremos, los que se cultivan en cada momento libre y tienen un cerebro más ágil y... y... bueno, los... los otros... Disculpe que le hable así con esta franqueza ahora que no está cerca la gente de la universidad, pero quiero ser honesto”, dijo, bajando la voz. Es como que ahí me desarmó. Ahora me doy cuenta de que me pasó por querer hacerme el cultivado. Y bajé el libro y bajé la guardia, todo junto.

Ahí nomás se hizo como que me leía el pensamiento y me dijo “Usted se preguntará por qué tengo esto en la cara”. Apreté el libro bajo el brazo y reconocí que sí, sonriendo de costado y levantando los hombros. Él sonrió también y dijo “justamente para el primer test”. Ahí nomás se dio vuelta de un saltito, mostrándome la nuca. Pensé que se iba a ir. Pero no, se quedó dándome la espalda, con el buzón que seguía entre los dos. Ahí lo escuché preguntarme “Usted me acaba de ver por primera vez en su vida y solo fueron unos minutos, nada más, ¿se animaría a decirme cuántas flores tengo pintadas en la cara?” Le respondí que “hmmm... tres”. “Muy bien”, dijo sin darse vuelta. “¿Y si le pregunto de qué colores están pintadas?” Sí, pensé, esa también la sé “¡en azul y negro!”. “Perfecto”, gritó él, “tal como imaginaba usted es un visualista, dueño de la primera de las condiciones que requiere este estudio: memoria visual.” Quedé impactado. Me doy cuenta ahora de que tengo también otras clases de memoria como para contarte los diálogos de hace más de cuarenta años, no sólo visualista soy, sea lo que sea. Pero en fin, sigo: “La otra condición es que disponga usted de tiempo como para hacer ahora mismo la prueba. Le aseguro que

tenemos aquí preparados los trescientos Pesos Ley que se lleva usted por la molestia –los mostró, era bastante–. Buscamos gente que viva por aquí cerca ¿sabe por qué? porque como esta prueba se hace bajo supervisión de un escribano y se toman actas, es más fácil movilizarnos con todo el equipo por la zona, ¿entiende? Tenemos los libros de actas, el escribano, el grabador y dos máquinas de escribir portátiles. Todo portátil, eso lo mandaron los norteamericanos. También está la veedora de la universidad que garantiza todo el proceso. Ya se los presento. Como se dará cuenta es un estudio serio”. No supe qué decir ni me dejó decir nada. Yo estaba impresionado. “Bueno, ya le conté que esto viene financiado de afuera. Pero si vive lejos, no se preocupe...” amagó con irse y apuré un “No, no, sí, sí, si vivo cerca y no tengo problema. Lo hacemos”. “Le pregunto, le pregunto si vive solo usted, se lo pregunto por el tema de la concentración, de los ruidos, ¿vivo? No vaya a tomarlo a mal, pero necesitamos total concentración y si hay otra persona... usted entiende...”. Le confirmé que sí, que vivía solo, “bah no, con mi señora”, me acuerdo que me sorprendí de haberme olvidado de que me había casado, “pero ella trabaja hasta las ocho y media, es vendedora en Pozzi”.

Y ahí nomás salimos para casa. Digo salimos y no me refiero a nosotros dos, sino que él hizo una seña en el aire y ahí nomás vino el escribano, de impermeable negro, una rubiecita con delantal blanco y anteojitos, pelo recogido, veedora ella, con un grabador de cinta en sus brazos, como si fuera un bebé lo llevaba, y dos hombres de traje y maletines, máquinas de escribir, calculé. Le presento, iba diciendo, le presento... y me iba presentando a todos, uno por uno. Le presento, le presento... Los nombres no los retuve a excepción de “el

escribano Lombardo” ¡Ja! Lombardo. Andá a buscar al escribano Lombardo en la guía, ¡debe haber miles! Es más: si nacés con ese apellido sos escribano, fija. En fin, éramos cinco, no, no, seis. Caminamos unas dos, tres cuadras porque yo vivía ahí nomás en esa época. Por un momento dudé, temí un ataque, un robo. Fue un segundo, no más que eso, pero inmediatamente seguí. ¿Sabés por qué no dudé más? Porque le miraba de reojo los zapatos de taco a la chica, esas plataformas de corcho de antes, altísimas, y me decía yo mismo Naaah, no va a salir corriendo. ¿Cómo va a correr esta chica con esos tacos?

Se veían como yo imaginaba que se vería un grupo de científicos. Pero medio preocupado estaba, sobre todo porque apenas llegamos se estacionó un autito y el que manejaba se quedó adentro. Me dio mala espina y me acuerdo que pregunté “¿De qué universidad me dijo que eran?” Y él, muy astuto “La financiación es toda en dólares. Viene de YALE, conoce YALE, verdad? ¡YALE! ¡La debe conocer!”, como retándome por anticipado por mi ignorancia. Ahí me desarmó y le dije mi más seguro “Sí, sí, claro”. Me hubiera avergonzado decir que no, que nunca había escuchado hablar de YALE. Ya te dije que en esa época era un tipo soberbio, me crecía muy superado. Y era un pibito, 23 años tenía.

Bueno entramos a casa (permiso, permiso, decían todos al entrar y yo pensé qué educados) y él dijo “Bueno, instalamos. Denos un par de minutos”. Fue todo rápido, ni siquiera tardaron ese par de minutos, y nos sentamos a la mesa del comedor. Sacaron las máquinas de sus estuches y apretaron el botón del grabador. “Escribano: dé inicio al acta, si es tan amable.” El escribano tomó un libro de actas bien gordo y escribía con una hermosa estilográfica.

Zurdo él. Se empezaron a escuchar a coro los dedos de los dos trajeados sobre las teclas de las Olivetti portátiles y el correr de los rodillos esos que tenías que empujar cuando llegabas al borde ¿te acordás? Bueno, el de las flores puso sobre la mesa un sobrecito marrón y sacó una tarjeta. La iba a leer pero se interrumpió y me sonrió “Antes de empezar, curiosidad personal ¿se anima a decirme sin dejar de mirarme... no se distraiga... qué imagen ilustraba la tapa del libro que leía hoy en la calle?” Pensé que no me iba a acordar pero me iluminé y le respondí en menos de un segundo. ¡Orgulloso estaba! Y él también porque va y les dice a los demás: “¿No les digo? Les conseguí un excelente candidato”. Todos sonrieron aprobando. Qué pelotudo me sentí después.

“Ahora sí, las fichas”. El muchacho me miraba fijo y repetía “No se distraiga con nada, usted míreme a mí, no me saque la vista de encima” mientras me leía con voz de locutor la pregunta. Ni me acuerdo de qué era, algo de quién fue el actor principal de tal película, creo que de Casablanca. Siguió otra, era algo de música, me acuerdo que era demasiado fácil esa también. Otra era... ah sí: nombrar los planetas en orden, o algo así. Esa me costó un poco más. Parecían más de cultura general que otra cosa. Los tres escribían ensimismados sin levantar la cabeza, sin mirarme. Nunca les vi las caras a excepción del de las flores, sentado adelante mío, y de la veedora que estaba parada detrás mío como una estatua. Lo sospechaba, porque la verdad que yo no la veía; mi idea era que controlaba la marcha del grabador que estaba en la mesa. Bueno, siguieron con las tarjetitas, me hicieron como unas ocho o diez preguntas y yo cada vez lograba un estado de excitación mayor, reconozco que me sentía muy a gusto siendo desafiado. Sentía el

cerebro funcionando a pleno y el aroma de la gloria de ser reconocido por tener una gran memoria de la que nunca antes me había percatado. Respondí a todo con seguridad y velocidad. Sin mirar a nadie, eso sí, ni al de las flores. Había inclinado la cabeza hacia adelante, apoyada en las manos cruzadas, los codos sobre la mesa. El muchacho celebraba con un deportivo grito de “¡perfecto!” y pasaba a la siguiente tarjetita. De pronto dijo “Bueno, hasta acá prueba superada. Acá tiene los 300 Pesos Ley”. Levanté la cabeza, hice un gesto de cansancio y le agradecí la plata que quedó en la mesa.

“Usted respondió todo con enorme seguridad, me sorprende, 15 preguntas una tras otra en tiempo record. Usted demostró excelente nivel de concentración... lo hizo perfectamente. Claro que tuvo una ayuda: pudo concentrarse gracias al silencio que reina aquí. Pero ahora debemos pasar al test final, y le adelanto para que no se frustre, que es el que no todos logran pasar. Hasta ahora solo un ingeniero en petróleo, pudo, uno que trabajó afuera, no un cualquiera. No es tan fácil como el primero, este es un ejercicio de memoria con el añadido de una gran presión extra. ¿Cuál presión? Ja ja, no, no lo torturaremos, no” –se me da vuelta el estómago ahora que me acuerdo la frasecita, ese tema estaba muy presente en esa época, carajo–. “Le explico: usted deberá responder mientras el grabador reproduce música clásica, ópera para ser más precisos, a un volumen cada vez más fuerte. Le colocaremos auriculares. Para evitar además la distracción visual, ya que usted es un visualista nato, ya lo ha demostrado, vamos a dejarle en la mesa este paño negro con el cual podrá cubrirse los ojos si lo desea”. Lo tomé enseguida como si se me fuese a escapar. “No le vamos a vendar los

ojos, no; lo hace usted si lo necesita. Es una ayuda extra, un beneficio, ¿comprende?... para no distraerse de más”. Yo asentía. “Si gusta comencemos: acá los señores toman el acta y el grabador reproduce la música: A partir de ahora deberá decirnos en orden y tomándose todo el tiempo que necesite porque es una prueba de memoria “detallística y visualística” –¡qué manera de inventar palabras esta gente! – “por lo tanto no nos corre el tiempo sino que usted pueda enumerar la mayor cantidad.... todas las acciones... con lujo de detalle... todo, todo, todo... lo que usted realizó en el día de hoy, es decir desde que se levantó esta mañana hasta ahora, incluso nuestro encuentro en la calle, todo lo que recuerde. Cuantos más detalles mejor será su calificación así es que tómese su tiempo. Yale va a llevar a los tres mejores a los Estados Unidos, ¿se da cuenta? Enumere todo lo que ha hecho hoy desde la primera hora... hasta las.... –miró el reloj– hasta ahora... 19:32 hs. ¡comenzando yaaaaa!”

Me acuerdo de que como me habían metido en la cabeza eso del bendito visualista cerré los ojos inmediatamente y en los auriculares empezó a sonar muy bajito la musiquita que la verdad distraía bastante. Era una de esas arias de ópera archi conocidas y que todo el mundo corea sin saber qué catzo significa. Una soprano con un coro bien agudito atrás repitiendo lo que ella cantaba, una cosa insufrible. Yo creo que desde ahí odio la ópera. La cosa es que eso me dificultaba bastante escucharme a mí mismo, concentrarme, pero me había propuesto hacerlo, ganar, tomarme mi tiempo, ser el mejor, dar todos los detalles, voy a ser bien detallístico, pensaba, bien visualístico. Meter olores, sabores, impresiones de esto o aquello, todo, ser de los tres finalistas y viajar para conocer Estados Unidos.

Empecé a enumerar absolutamente todo lo que había hecho ese día: Bueno, hoy me desperté a las 7:20 como todas las mañanas - comencé por decir eso-. Fui al baño primero que nada y me enjaboné la cara para afeitarme, ah pero antes había ido a la cocina a poner la pava al fuego y –la soprano me taladraba los oídos- puse la... la... ¿la pava al fuego, dije? Bueno, si, sigo, entonces volví al baño a afeitarme y ahí nomás abrí la... la... abrí la ducha –ahora era el corito el que no me dejaba seguir– y ahí en la cocina, ah no, me estaba bañando y... y... ahí me afeité en la ducha y... bueno, sigo, se había acabado el champú, así que manoteé el frasco y le... le... agua adentro... lo puse bajo la ducha para que le... entre agua adentro y – ay! era demasiado pegadiza la ópera esta, ¿cómo era que se llamaba?– Bueno, entonces... me... me... ¿cómo era?...me sequé...me... le dije a Laurita que se fije la pava... a ver si... si... –me subían el volumen, cada vez más fuerte me lo subían– si hervía... Me dijo ¿qué, te cebo mate? Bueno, le grité desde la ducha... entonces... –desesperado por no escucharme pensé en que tenían razón, que iba a ser más fácil en total oscuridad y ahí nomás me cubrí los ojos con el pañuelo negro que estrujaba, apretándomelo bien fuerte contra los ojos, lo más fuerte que podía con las palmas abiertas para estar totalmente a oscuras. Transpiraba entero, y pese a la gorda que cantaba ópera yo no dejaba de hablar, recordando hasta los más mínimos detalles de esta mañana, después de todo yo era un visualista. Le dije de la camisa que me había puesto y por qué la había elegido, y cómo al sacarla del placard se me había caído de la percha el pantalón gris y entonces había decidido ya que estaba ponerme ese y no el otro que había sacado antes y cómo había desayunado un par de mates con Laurita... y la conversación donde

ella me contaba de un lunar que se había rascado hasta que le había salido sangre... todo, conté todos los detalles de la conversación con mi mujer, luego pasé a la oficina, que quedaba ahí cerca y las vidrieras que iba viendo por el camino, y la tapa de La Razón... Conté todo, no ahorré nada, deleitándome ante mi propia memoria visual, un visualista, sí, sí, un visualista, soy –pensaba–. ¿Cómo nunca nadie me dijo que era un visualista así de bueno? ¡Recuerdo todo con todos los detalles, con todos los colores, con todos los olores! No, no creo que estos científicos hayan visto algo así antes... seguro voy a Estados Unidos con otros dos igual que yo, un visualista así, un visualista como yo. Seguí... seguí... cada vez más rápido, más, más rápido, una vorágine interrumpida solo por la gorda de la ópera y por mis propios pensamientos de gloria que no me dejaban seguir el hilo de mi monólogo. Seguí con la media mañana, describí el matecito en la oficina, las bromas –las conté todas, una a una, me reí con todas, las celebré o expliqué según el caso, todo a las apuradas, pero sin dejar ninguna afuera–, Ernestito que se casaba, el almuerzo... un panchito en la vereda nomás con los muchachos... una gaseosa grande que compartimos... todos los detalles de todo, quién pagó qué cosa, cuánto puso cada uno para la gaseosa... Omarcito que es agarrado y nunca pone un peso, hasta les conté para dónde rodó la chapita de la gaseosa cuando cayó. Contaba todo, cada vez más rápido, más frenético, quería sorprenderlos, quería el viaje. Exhausto pero complacido en darles miles de detalles visualísticos, todos. Me apretaba el trapo negro sobre los ojos con las palmas abiertas cada vez más fuerte, más fuerte y con eso parecía ganar en concentración. Orgulloso de mi memoria, los detalles, los colores, los detalles, más detalles, más colores. Había logrado ignorar a la gorda,

al corito, abstraerme de todo, silenciarlos, al fin silenciarlos a todos. Orgulloso, sí, de haberlos callado a todos y poder oírme al fin, qué satisfecho... así sí, así voy a poder hacerlo mejor. Llegué a describir la media tarde y me tomé mi tiempo y conté que lo había llamado a este amigo Horacio para vernos a la salida y acompañarlo ahí nomas a cambiar esos libros a lo de Palumbo... el viejo de los libros usados. A la vuelta Horacio había entrado a una oficina por ahí a buscar un cheque y yo había quedado esperándolo en la esquina. Vi el buzón, pensé qué bueno, saqué el libro del attaché y lo abrí en la primera página porque recién lo empezaba, pero el título me había dejado medio encerrado y no había avanzado nada, la verdad. Llegué por fin al encuentro con el de las flores, al libro que me lo tapaba y a mi sorpresa de ver un muchacho con flores en la cara y di todos los detalles la conversación donde me contó de la investigación y... y... y... Y de un sacudón me arrancaron de mi verborragia.

Yo quería seguir hablando y dando detalles, más, más detalles visualísicos, más, más, si podía dar mucho más, si los tenía todos. Recién pude frenar cuando me llegó a doler el cuello de tanto que me sacudían. Me sacudían de verdad fuerte, clavándome las uñas en los hombros y yo sonriendo estúpidamente y sin poder contener la alegría con que mi esfuerzo me iba a coronar, con expresión de astronauta que vuelve de la luna... me destapé los ojos, pero seguía ciego.

¿Cuánto tiempo había pasado?, seguramente me habían interrumpido ellos, apabullados ante mi incuestionable memoria. ¿Para qué iba a seguir si ya había demostrado todo, si el viaje ya era mío? Claro, ya estaba bien, ya había quedado claro para todos, para la universidad de acá y para la universidad de allá que memoria y

visualismo eran lo que me sobraba. Había tenido los ojos tan apretados que durante un rato largo seguía viendo luces sobre fondo negro. Y además parecía que me había quedado sordo. Cuando la cosa mejoró seguía viendo círculos de luz dorada haciéndose más anchos cada vez, como las manchas que deja un vaso de vino sobre el mantel. Sonreía como un ganador mientras gritaba muchos “sí” interminables. Hasta que atrás de las manchas de luz logré distinguir la expresión aterrada de Laurita y al fin pude escucharla “¿Estás bien? ¿Qué te pasa, Hugo? ¡Por amor de Dios, dejá de gritar así! Respondeme, ¿estás bien? Estabas gritando sin parar. ¿Qué hacías con este trapo en los ojos? ¿Qué pasó con las cosas, Hugo, estás bien? ¿Y las cosas?” Busqué sonriendo a los científicos... como para contarle quiénes eran, buscando su aprobación a izquierda y derecha... “¿Y las cosas, y las cosas?”, repetía ella. Miré atrás para buscar a la veedora. Nada.

Tampoco estaba el televisor, la radio, ni el contenido de los cajones. Se me borró la sonrisa de un golpe. Me habían dejado los auriculares en las orejas y el trapito negro en la mano como todo recuerdo. Mi mujer me clavaba los ojos tapándose la boca hasta que no pudo más y se largó a llorar. Se habían tomado su tiempo, bah, se los había dado yo. Se habían llevado todo, todo lo que habían querido. Hasta los 300 pesos que habían quedado sobre la mesa.

Recorrer los dos cuartos, ver los placares revueltos y los cajones vacíos en el piso, la ropa pisoteada, era como caer a un pozo negro. Laurita lloraba. No, ella era la que aullaba, yo era el que lloraba, lloraba y me puteaba a mí mismo. Nos faltaba todo. Se habían llevado todo: la guita del último sueldo, las joyitas, bah, lo poquito

que puede tener uno que es de clase media.... Te imaginás lo que fue eso. Laurita, pobre Laurita. No nos habían dejado nada.

Se hizo un silencio en el bar, de esos silencios que menean la cabeza diciendo “qué increíble” sin decirlo y nadie agregó nada más ni siguieron con eso de las sillas. Todos quedaron mudos hasta que uno del grupo preguntó:

–¿Fuiste a la policía, Profe? ¿Denunciaste?

Hugo se levantó de la silla meneando la cabeza y mientras apagaba el pucho en el cenicero, dejaba sobre la mesa dos billetes y se iba, respondió con una sonrisa amarga:

–No, pibe, no ¿para qué? No recordaba la cara de ninguno. Sólo hubiera podido describir las flores. Azules y negras, eran. Eso sí me acuerdo. Me lo acuerdo patente hasta el día de hoy. Se ve que soy un visualista, nomás.

Y como el silencio no cedía agregó:

–¿Qué misterio la memoria, no? Qué ironía... mirá de lo que me vengo a acordar ahora.